

RESEÑA


**LOS CÁRTELES NO EXISTEN.
NARCOTRÁFICO Y CULTURA EN MÉXICO**

Oswaldo Zavala
Barcelona: Malpaso, 2018
248 páginas
(edición electrónica)

POR ROSANA CARMITA RICARDEZ FRÍAS
UNIVERSIDAD DE CHILE (Chile)
rosanaricardez@gmail.com

En el marco de la discusión sobre el papel del Estado mexicano frente a la avanzada del crimen organizado y su violencia, *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México* (2018) de Oswaldo Zavala (Ciudad Juárez, 1975) propone un análisis histórico del discurso en torno a la política de seguridad nacional, por un lado, y de investigaciones periodísticas y artefactos culturales, por el otro. Objetivo de la obra es desmitificar la existencia de asociaciones delictivas todopoderosas, proponiendo que el Estado sigue siendo propietario de la soberanía y que ésta le permite incluso matar.

El texto, dividido en cuatro capítulos, entre el análisis académico y el ensayo literario y político —desde la opinión del autor lo literario es político—, ofrece material de uso académico y de divulgación. Sus fuentes son diversas, porque se nutre tanto de investigaciones de historiadores, sociólogos y politólogos, como de material periodístico. De hecho, hace un seguimiento de las publicaciones de, aproximadamente, los últimos veinte años sobre el tema del tráfico de drogas y crimen organizado en México.

Gracias a tal estructura, en primer lugar, evita la saturación del lector con datos duros y, segundo, ayuda a clarificar tales datos a partir de la ejemplificación, para lo cual acude a artefactos culturales, principalmente literarios. Zavala se sirve de la crítica cultural, sin ceder a un lenguaje encriptado ni academicista.

En las 248 páginas del libro las cifras 121.000 y 30.000 aparecen en al menos seis ocasiones. Se trata, respectivamente, de los muertos y desaparecidos de la “guerra contra el narco” encabezada por el presidente de México de 2006 a 2012, Felipe Calderón Hinojosa. Si bien puede agotar, la reiteración no es

vana pues se corresponde con el propósito general del autor, dilucidado a lo largo del libro: desmitificar el discurso de un Estado débil y sobrepasado por el narco, como fuente de la violencia en el país. Ello, para seguir las huellas de la política de seguridad nacional adoptada por el Estado mexicano desde el siglo pasado, reconsiderando su centralidad y su régimen policial como la condición de posibilidad del narcotráfico.

Así, el libro apunta a desmontar al menos dos creencias; en primer lugar, la existencia de un Estado fallido. Desde las primeras páginas, Zavala subraya que **“la soberanía del Estado sobre el narco está muy lejos de agotarse”** (34). Asegura, **“no existe un solo narcotraficante capaz de desafiar a instituciones como el Ejército, la Marina o la Policía Federal”** (14). En cambio, es el mismo Estado que fomenta la creencia de organizaciones delictivas que actúan al margen y por encima de la ley. Más aún, él mismo articuló una estrategia sin contenido político alrededor del tema de seguridad nacional. El segundo lugar común cuestionado por el libro es la creencia en los **“cárteles”** como responsables de la violencia en el país, dejando de lado una búsqueda real de la precariedad social generalizada que ha sido, **más bien**, **“resultado de un proceso de descomposición política radicalizado con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994”** (171). Entonces, ese **“estado de excepción”** fue justificado por el gobierno **de Calderón** **“como una reacción a la escalada de violencia atribuida al crimen organizado”** (44).

Zavala se plantea, precisamente, desenmascarar la narrativa oficial gestada por los últimos gobiernos y replicadas por medios de comunicación acrílicos —en consecuencia, por productores culturales— que explican la violencia en México como resultante de la guerra entre **“narcos”** que se disputan las **“plazas”**. Propone, en su lugar, la clarificación de vocablos ya comunes en torno a la violencia y al crimen organizado, así como replantear nociones como Estado, soberanía y la división de lo político aparecidos **“en los debates académicos más recientes como obstáculo para comprender la emergencia del narco en México”** (21). A contracorriente de la crítica pospolítica señala que el **“narco”** es un asunto decididamente político, razón por la cual precisamente nociones como Estado y soberanía resultan más relevantes que nunca.

Desde la Introducción titulada **“La invención de un enemigo formidable”**, el autor traza la nomenclatura que seguirá a lo largo de su texto. Para él es claro que el **“narco”** ha sido creado, en el más extenso sentido de la palabra, como un enemigo formidable, a través del cual el Estado justifica cualquier medida de seguridad puesta en marcha, so pretexto de la protección de habitantes y territorio.

Siguiendo al historiador Carlo Galli desde el primer capítulo llamado **“La despolitización de la narcocultura”**, el autor dice que el agotamiento del concepto de lo político en la sociedad contemporánea ha llevado a creer a ciegas en imágenes generadas desde el Estado que ha perdido toda posibilidad de **soberanía frente a un “poder capital global, impersonal, privado y despolitizado”** (21). Claramente para dicho Estado es más sencillo sacrificar

literal y simbólicamente a un “narco” sin rostro, a una una fábula que muere y reencarna acorde con su voluntad e intereses. Tales imágenes no sólo son ratificadas, sino que penetran en la sociedad a través del discurso tanto periodístico —con crónicas y seudoinvestigaciones disfrazadas de periodismo narrativo cuyas fuentes son siempre oficiales—, como culturales, en particular las narconovelas con argumentos despolitizados y con visión binaria de buenos y malos. De esta forma, Zavala asigna a la literatura la tarea aún pendiente de develar la verdadera identidad de ese “narco”.

Y ahí quizá la única crítica a su argumento, pues si bien el autor habla de la música, el cine y la televisión como generadores de narcocultura, al hablar de literatura da por sentado que las narconovelas gozan de alto índice de ventas y que su consumo es masivo, por lo tanto, su infiltración en la sociedad es certero y se corresponde con el objetivo del Estado.

El segundo capítulo, “Los cárteles no existen (pero la violencia de Estado sí)”, es un recuento de la historia desde la Operación Cóndor, época del nacimiento de la política de Estado frente al narcotráfico, hasta la era Trump y la actual política de seguridad en México.

El fracaso de dicha Operación en el “triángulo dorado mexicano”, cuyo objetivo era desmantelar el narcotráfico en la zona rural entre 1975 y 1978, fue el motor tanto del éxodo de campesinos hacia ciudades de Sinaloa, como de la consolidación de Guadalajara como la primera plaza del narcotráfico moderno en la era del PRI, bajo la vigilancia de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), lo que permitió el control del tráfico en todo el país. Las “plazas” eran concesionadas por el sistema político mexicano a un determinado grupo, encargado de administrar el tráfico. El poder soberano del PRI ostentó el control hasta la década de 1990, pero de 2000 a 2006, a raíz del vacío de poder de la presidencia de Vicente Fox —incapaz de establecer una estrategia de control—, esa soberanía fue desafiada por ciertas gubernaturas y sus policías estatales y municipales con la consolidación del neoliberalismo. Por tanto, el objetivo de la estrategia de Calderón, en opinión del autor, fue “recobrar la soberanía del Estado sobre el narco, a través de la acción directa y absoluta del Estado para preservar su integridad” (80).

El discurso securitario no surgió entonces por la “amenaza del narco”, sino que el securitarismo configuró al narco como objeto discursivo. Por lo tanto, siguiendo a Michel Foucault, “la suspensión de legalidad y su consecuente violencia implican ante todo la presencia absoluta, ordenada y eficaz del Estado [...] acaso el más agresivo programa de biopolítica en la historia moderna mexicana” (80).

La llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos es sólo la continuación de una política imperial, esto es, medidas tomadas por los precedentes mandatos de Barack Obama y de Bill Clinton respecto de la seguridad y la lucha contra el narcotráfico.

El tercer capítulo, “Cuatro escritores contra el narco”, corresponde al análisis de textos literarios que, a decir del autor, han sabido leer críticamente el panorama histórico del tráfico de narcóticos, así como de la precariedad de los

traficantes y de su sometimiento al poder soberano del Estado. Se encuentran ahí César López Cuadras, Daniel Sada, Víctor Hugo Rascón Banda, Roberto Bolaño y Juan Villoro. El núcleo de los artefactos culturales en torno al “narco” es la representación de éste y de la violencia. Precisamente la obra seleccionada —dejando de lado la de Élmer Mendoza y Yuri Herrera, por ejemplo— genera una interpretación verosímil y no simplista del tráfico de drogas.

En el cuarto y último capítulo, “**Traficantes, soldados y policías en la frontera**”, Zavala somete a análisis el discurso de periodistas dedicados a investigaciones en torno al narcotráfico. Considera que las investigaciones de Anabel Hernández, Diego Enrique Osorno y Alejandro Almazán, entre otros, se limitan a reproducir, con mucha imaginación, las comunicaciones oficiales de las instancias de gobierno, hasta crear un mito en torno a la vida de los traficantes. Destaca, sin embargo, la contribución de los periodistas Charles Bowden, Ignacio Alvarado y Julián Cardona, entre otros, quienes a lo largo de al menos dos décadas intentaron desenredar la madeja de lugares como Ciudad Juárez. Sin eximir su labor de complejidades o equívocos, los caracteriza de verdaderos críticos. No obstante tales ejemplos, considera que el periodismo no puede aspirar a una disidencia política real hasta deshacerse del discurso oficial sobre el crimen organizado. Por el lado de los artistas, sobre todo novelistas, asegura que no están a la altura del reto.

Finalmente, Zavala considera que la razón de ser de las guerras entre narcos es “esconder la estrategia del gobierno federal para facilitar la apropiación ilegal de territorios del país ricos en recursos naturales ahora abiertos para la explotación de compañías transnacionales con la aquiescencia de diversos grupos de interés político y empresarial en México” (225). Porque si bien la “guerra de cárteles” es virtual, los cadáveres no.